

Hitler y el vampiro de Hannover

Rafael Narbona

Patricio Lenard

Su lucha

Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2016 384 pp. 19€

¿Puede decirse algo nuevo sobre Hitler, un personaje que no deja de inspirar ensayos, novelas y artículos? ¿Por qué ejerce una poderosa fascinación un demagogo, cuya carrera política se basó en la consigna, la manipulación y la mentira? A pesar de su mediocridad, Hitler disfrutó en vida del culto reservado a los héroes, pues logró seducir a las masas con la promesa de un reino milenarista, una grotesca caricatura del Reino de Dios, con el árbol de la vida transfigurado en una espada que glorificaba la muerte. Actualmente, sólo grupos marginales se identifican con su exaltación de la Sangre y el Suelo, pero eso no significa que su figura se haya esfumado, como un mal sueño. Hitler continúa hipnotizando a las masas, que lo consideran una misteriosa encarnación del Mal y se preguntan si algún día volverá algo semejante, un político capaz de sacar a la luz las pulsiones más destructivas del ser humano. El espacio de Hitler no está en la historia, sino en el mito. Nuestra visión de la realidad está condicionada por su presencia, que nos recuerda las profecías apocalípticas sobre el Anticristo. La esvástica siempre me ha parecido una parodia de la Cruz. Hitler nunca ocultó su intención de liquidar la herencia judeocristiana. Sus fantasías sobre el linaje ario de Jesús sólo corroboran su profunda incompreensión del mensaje evangélico, que anula la distinción entre judíos y gentiles. En una sociedad secularizada, esta dialéctica puede resultar extraña, pero el nazismo es un fenómeno religioso, que intentó convertir la política en un rito sostenido por principios de fe: la superioridad racial, el espacio vital, la infalibilidad de un líder mesiánico, el inicio de una nueva era, el hombre nuevo o superhombre, la exaltación de los mártires, el paraíso -racial, jerárquico y militarizado- como final de la historia. Algo semejante puede decirse del comunismo y el anarquismo. De hecho, todas estas ideologías muestran su verdadera faz en las matanzas que ensangrentaron el siglo XX. El crimen es el sello inequívoco de las utopías milenaristas.

Patricio Lenard (Buenos Aires, 1979) aborda el misterio de Hitler desde la perspectiva de Rudolf Hess, su fiel e inestable lugarteniente, que colaboró decisivamente en la elaboración de *Mi lucha* durante la breve reclusión en la prisión de la fortaleza de Landsberg am Lech. Condenados a penas benévolas tras el *Putsch* de Múnich, un fallido golpe de Estado que pretendía emular la «Marcha sobre Roma» de Mussolini, Hitler aprovechó su encarcelamiento para expresar su pensamiento político en un libro que sería la Biblia de la Alemania nacionalsocialista. Patricio Lenard inventa un imaginario *Diario de Landsberg* redactado paralelamente por Hess mientras trabaja como secretario del Führer. El manuscrito se titulará *Su lucha*, pues pretende ser un fiel retrato de la génesis de la obra que marcaría el rumbo de la historia en los próximos siglos. Hess no es un simple mecanógrafo. Corrige errores ortográficos,

elimina redundancias y clarifica las frases. Piensa que esos retoques no afectan a lo esencial y se atribuye el papel de un apóstol que redacta un nuevo evangelio, puliendo la predicación original. Su devoción a Hitler roza lo místico, pues lo considera un hombre providencial, un visionario que libraré al mundo de los judíos y los marxistas. Alemania no es una nación más, sino el país elegido para destruir una civilización decadente y crear un imperio con un nuevo sentido de la moral y la cultura. La soberanía, las fronteras y los derechos humanos son conceptos orientales, antigermánicos, que no sobrevivirán a la guerra total lanzada por el nuevo Reich.

Hess comienza sus anotaciones el viernes 19 de junio de 1924. Desde su punto de vista, Hitler es un nuevo César, un militar con el genio de Alejandro Magno y Napoleón. No ha aparecido casualmente en el mundo, sino que materializa un destino que trasciende los planes humanos. Nada en su vida es irrelevante. Nació en Braunau am Inn, un pueblo situado en la frontera entre Austria y Alemania. En esa localidad se produjo el martirio de Johannes Palm, un librero fusilado por repartir panfletos contra la ocupación de las tropas napoleónicas. Hitler es el legítimo heredero de esa rebeldía. Su padre le corregía a fuerza de golpes y vejaciones, pero el líder del partido nazi no se lo recrimina. Gracias a esa ruda educación, aprendió a controlar sus emociones y a endurecerse. No fue menos útil la dulzura de su madre, que le inculcó una sensibilidad artística. Puede decirse que la conjunción de ambas pedagogías engendró un centauro. Hitler no dicta: habla a un ritmo vertiginoso, embriagado por su propia oratoria. Alza el brazo con gesto dramático para «dejar flotando en el aire infinitas posibilidades». Desde el principio, manifiesta su odio a judíos, homosexuales, intelectuales, discapacitados, eslavos y gitanos. Su misión es combatir esas plagas y devolver a Alemania su grandeza, ocupando el este de Europa. La homosexualidad es un vicio particularmente repugnante, pues deslinda el sexo de la procreación y el porvenir de una Raza depende de su capacidad de reproducirse sin tregua: «El desbordamiento de nuestra natalidad será nuestra suerte. El exceso de población obliga a un pueblo a desenvolverse». Hitler suscribe las tesis de Malthus y la lucha por la supervivencia del evolucionismo de Darwin. La guerra, lejos de ser una calamidad, ayuda a eliminar a los más débiles, seleccionando a los individuos sanos que merecen transmitir los genes a su prole. El derecho a engendrar hijos debe estar regulado por una moral de cría, que esterilice forzosamente a los débiles y enfermos.

Mientras dicta su magna obra, Hitler evoca su estancia en el frente, su fracaso como estudiante de Bellas Artes, sus años como indigente. Estima que nada ha sido fruto del azar. Es un hombre con un destino, el libertador del pueblo alemán, el caudillo que esperaba una nación humillada y pisoteada por el judaísmo internacional. Sólo él puede iniciar la guerra que restaurará el esplendor de la cultura germánica, su indiscutible señorío sobre el resto de las naciones. La guerra no es una desgracia, sino el estado natural del hombre. Se ha dicho que las acciones bélicas son una prolongación de la política, pero no es cierto. La política es la continuación de la guerra. La historia de las civilizaciones es la historia de la lucha por el poder. El primer paso para vencer es aplastar al enemigo interno, que propinó «una puñalada por la espalda» a Alemania, provocando una inmerecida derrota en 1918.

Hess aprecia que Hitler no es un escritor, sino un orador. No sabe exponer sus ideas con claridad y elegancia. De hecho, el título provisional de su manuscrito es francamente horrible: *Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la estupidez y*

la cobardía. Sin embargo, Hess le disculpa, pues entiende que Hitler es un maestro oral, como Mahoma. Su pedagogía es dura y austera. No necesita alardes de estilo, sino una convicción fanática. Al igual que Thomas Carlyle, Hess opina que «la democracia es la desesperación de no encontrar héroes que nos dirijan». Hitler es uno de esos héroes, el «tambor» –según sus propias palabras– del movimiento nacionalsocialista. Su clarividencia posee la frialdad del acero. No se horroriza porque mueran mujeres y niños en las guerras. Piensa que son más lamentables las bajas de combatientes, pues el soldado es el valor máximo en la economía de guerra. Hitler opina que el enemigo no dejará de representar un peligro hasta su completa aniquilación. No es suficiente exterminarlo en el presente. También debe ser borrado del futuro, lo cual significa que deben cegarse todas las fuentes de vida, sin absurdos sentimentalismos.

Hess nos proporciona indirectamente la información necesaria para demostrar que el líder del partido nazi es un farsante. Alimentada por su entorno, su megalomanía no conoce límites. Piensa que hasta el detalle más insignificante de su vida es importante. No le importa departir sobre las incidencias de su sistema digestivo, pues cree que hasta sus heces son signos de su misión providencial. Sólo lee a los clásicos alemanes por encima, saltándose páginas y capítulos enteros. Sus conocimientos de música, arquitectura y filosofía son superficiales. Jamás acaba un libro, pero devora con avidez las revistas de teosofía, que considera tan fiables como un tratado científico. No le crea ningún problema apropiarse de las frases y las ideas ajenas, sin mencionar su procedencia. Suele dejar las cosas a medias. Es indolente, inconstante, caprichoso. Se enrabieta con facilidad y no soporta que le lleven la contraria. Su verborrea es imparable y no sabe escuchar. Se abstiene de comer carne por hipocondría, no por respeto a la vida animal. Odia el tabaco porque afecta a su garganta, produciéndole ataques de tos. Aparentemente, no muestra mucho interés por el sexo, pero cuando le visita su sobrina Geli se comporta de una forma obscena, acariciando su cuerpo con lujuria. No le preocupa exteriorizar su odio ni sus fantasías sangrientas, profetizando una guerra total, que no discriminará entre civiles y combatientes. Sueña con reducir a ruinas las grandes ciudades del este de Europa. Nunca se pone en el punto de vista de los demás. No le interesa persuadir, sino dominar, aplastar, humillar al adversario. Su odio se proyecta sobre infinidad de pueblos y culturas, insinuando una terrible frustración interior, que busca un desahogo. Cuando perora, su dicción se deforma y escupe saliva, mientras sus ojos tiemblan de ira. Sus seguidores lo escuchan fascinado, pues confunden su histeria con una especie de éxtasis religioso.

Patricio Lenard no nos descubre nada nuevo sobre Hitler. Quien conozca al personaje sentirá que contempla un retrato reproducido infinidad de veces. No hay revelaciones ni hipótesis arriesgadas, pero sí un trabajo meritorio de documentación y síntesis. La prosa fluye asépticamente, sin ningún relieve artístico. Quizás es un acierto, pues cualquier alarde de estilo podría despeñar la novela por lo inverosímil y caricaturesco. Desde mi punto de vista, el mayor acierto es el retrato de Hess: patético, inseguro, depresivo. «¡Creo en Adolf Hitler!», escribe en su *Diario*, con la devoción de un niño que sigue los pasos de su padre o de un amigo mayor. Su carácter débil y dependiente ya se había manifestado con su profesor Karl Haushofer, creador del concepto de geopolítica y uno de los principales ideólogos del *Lebensraum* o «espacio vital». Hitler desplaza a Haushofer, despertando los celos del profesor, que pregunta a su antiguo pupilo: «¿Qué tiene ese hombre que no tenga yo?» Cuando liberan a Hitler, Hess –que aún permanecerá un tiempo en prisión– experimenta un terrible vacío. Los días se

vuelven absurdos e interminables, sin Hitler dictándole frases farragosas y gesticulando como un orate. Hess carece de autonomía como ser humano, probablemente por una inmadurez crónica. Su largo cautiverio en Spandau debió de resultarle una insoportable tortura, como testimonian los diarios de Albert Speer. Hitler también es un inmaduro, pero su megalomanía le ayudaba a llenar sus días, planificando el futuro de Alemania y del mundo. Se ha dicho que Hitler sufría un trastorno límite de la personalidad. No es improbable. Sus explosiones de ira, sus tendencias suicidas, su impulsividad, su verborrea y narcisismo, son síntomas de una patología que implica un grave desorden emocional. No es necesario aclarar que ese trastorno no guarda ninguna relación con una filosofía racista y genocida. De hecho, Alejandra Pizarnik sufría esta enfermedad y sus poemas desprenden sensibilidad, humanidad, ternura.

¿Quién era realmente Hitler? Cuando le preguntan en Landsberg cómo desearía morir, contesta que crucificado. Indudablemente, se creía un nuevo mesías, pero pertenecía en realidad al mismo linaje que Fritz Haarmann, «el Vampiro de Hannover», apodado de este modo porque seccionaba la carótida y la tráquea de sus víctimas con un mordisco letal. Se probó que Haarmann violó y asesinó al menos a veintisiete adolescentes, practicando el canibalismo con sus restos, aunque los indicios apuntan a que el número real de víctimas podría haber rondado el centenar. Lenard introduce el caso en la novela. Hitler atribuye los crímenes a la homosexualidad de Haarmann, sin reparar en que se halla ante una especie de precursor. Curiosamente, el Vampiro se parecía físicamente al líder nazi. Ambos exhibían el mismo bigotito ridículo y raramente sonreían. Dado que entonces no existía la noción de «asesino en serie», también se dijo que Haarmann era una especie de «hombre lobo». No es un secreto que «Wolf», lobo, era el apodo preferido de Hitler. Haarmann pidió que en su lápida se escribiera: «Aquí yace el exterminador». No se me ocurre un epitafio más elocuente para Hitler.

No sé si puede servir de descargo apuntar que los dos sufrieron malos tratos en su niñez y que sus respectivas madres disfrutaban vistiéndolos como niñas. Estremece pensar que, detrás de los peores crímenes, a veces aletean los fantasmas de la infancia, reclamando su derecho a doblar la realidad. *Su lucha* es una buena novela sobre Hitler y Rudolf Hess, pero también podría leerse como un tratado de psicopatología. O como una historia gótica de terror. Desgraciadamente, no es ficción, sino un pasaje de nuestra historia reciente.

Rafael Narbona es escritor y crítico literario. Es autor de *Miedo de ser dos* (Madrid, Minobitia, 2013) y [El sueño de Ares](#) (Madrid, Minobitia, 2015).